



Una
Navidad

en **Escocia**



ANNE

ABAND

Una Navidad en Escocia
Anne Aband

Susan Edwards bajó del tren que la había traído a Edimburgo desde su ciudad natal, Londres. Había sido una decisión repentina, incluso irracional. Dejar su puesto como profesora adjunta de la facultad de arqueología para ir a excavar en un posible yacimiento cerca de la ciudad escocesa... ¡toda una locura! Pero si se lo pedía su profesor favorito, no tenía ninguna duda.

Se supone que ella la hermana mayor, la sensata y que Caroline era la menor, la que debería hacer toda clase de locuras. Pero en su caso, no era así.

Su hermana pequeña salía con Frank, un abogado de lo más aburrido y trabajaba en una compañía de marketing, en el mismo edificio que su novio. Aburrido. Pero si ella estaba contenta, le parecía bien.

Susan llevaba ya tres años, desde que terminó la carrera con excelentes notas, trabajando en la misma universidad donde sacó su titulación. Había terminado el doctorado, y también había terminado la relación con Thomas, colega suyo y compañero de la universidad. Y terminó porque él se fue a las excavaciones de Atapuerca, en España. Le pidió que le acompañara, pero en ese momento ella tuvo miedo. Y ahora él había encontrado una novia española. Se alegraba por él.

Fue entonces cuando se dio cuenta de que, si no arriesgas, no ganas, y cuando su antiguo profesor, Henry McDall, le solicitó ayudarle en un pequeño yacimiento en unos terrenos familiares, a las afueras de Edimburgo, no se lo pensó. Pensó que la aventura la llamaba, que la vida le estaba diciendo que volviera a sacar de dentro de ella ese espíritu arriesgado, capaz de hacer cualquier cosa.

Sus padres aceptaron a regañadientes su marcha, y en la facultad le dieron una excedencia de un año. Todavía se sorprendía de lo fácil que había sido todo.

Bajó del tren buscando al profesor McDall, pero no lo vio. Era un hombre de edad avanzada, pero le prometió que la iría a recoger para llevarla a la casa donde vivía y donde ella se instalaría, un edificio familiar de cuatro pisos con un precioso jardín, según le había contado.

Se abrigó un poco más; en octubre y en Edimburgo no hacía precisamente calor. Llevaba un gracioso gorro con un gracioso pompón de color rosa que le había regalado Caroline. Sacó la maleta con ruedas y caminó hacia la parte cubierta del andén, pues comenzaba a caer una fina llovizna.

—¡Lo que faltaba! —se dijo mirando por encima de la gente que se había bajado. ¿Dónde estaría el profesor? Se iba a quedar helada, y, además, no sabía dónde estaba su casa.

—Eh, señorita, ¿es usted Susan Edwards? —una voz ronca la interpeló por detrás.

Ella se volvió con una sonrisa aliviada y se quedó con la boca abierta. Un tipo pelirrojo, con el cabello mojado chorreando por la cara y con dos inmensos ojos azules, le sonreía como si ella fuera un tesoro encontrado.

—Sí, sí —acertó a decir. Era el hombre más guapo que nunca había visto. Con facciones regulares, alto y de anchas espaldas.

—Entonces, vamos, que mi tío le espera en la casa con un buen ponche caliente.

El escocés le cogió la maleta rozándole con la mano. Ella la retiró, como si le hubiese dado un calambre. Caminaron hacia fuera de la estación, ella detrás de él, mojándose, pero ya no le importaba. Su vida se había iluminado de repente. Comenzó a elucubrar. ¿Estaría soltero? ¿Se había fijado en ella? Seguro que alguien tan atractivo estaba casado y si no, era porque tenía algo malo, pensó con ironía.

Llegaron al aparcamiento y abrió una furgoneta bastante vieja para meter la maleta.

—Entre, señorita —dijo él abriéndole la puerta del copiloto.

—Gracias, esto...

—Sean, me llamo Sean McDall y el profesor es mi tío. He tenido que coger su furgoneta porque mi coche está en el taller, espero que no le importe.

—Oh, por favor, Sean, tutéame. Debemos de ser de edad parecida.

—Está bien, Susan. El viaje, ¿bien? —dijo mientras arrancaba la furgoneta que gimió ante el esfuerzo.

—Sí, los paisajes de Londres aquí son maravillosos, y esto —dijo ella señalando en general—, es tan bonito... Nunca había estado en Edimburgo.

—Entonces me encantará enseñarte el lugar, cuando no estés trabajando con mi tío. Aunque no sé si tendrás tiempo, está tan emocionado que pasa casi todas las horas excavando.

—Seguro que encontramos un momento —dijo ella pensando que querría pasar más de un rato con el escocés.

Enseguida llegaron a su calle y de nuevo Sean recogió su equipaje y lo llevó dentro. La

lluvia estaba cayendo con más persistencia y el gorro de Susan se empapó, al igual que su cabello negro. Entraron en la casa y se quitaron los abrigos. Un gracioso perrito de raza indeterminada salió a saludarles moviendo el rabo.

—Se llama *Wee*, que significa pequeño. Nunca creció como nos prometieron.

Ella acarició al perrito que se fue trotando hacia el salón, como pidiéndole que lo acompañaran. Susan se quedó mirando al escocés que llevaba unos pantalones de franela y un jersey oscuros. Si la había impresionado en la estación, ahora simplemente no podía ni hablar.

—Pasa, Susan, mi tío te espera. ¿Prefieres un ponche, un café, o té?

—Té estará bien, gracias, Sean.

Susan pasó hacia el saloncito y Sean se la quedó mirando. ¿De dónde había sacado su tío una ayudante tan preciosa? Tenía el cabello oscuro, le recordaba a la obsidiana y sus ojos verde oscuro eran un sueño. Además, era una preciosa mujer con curvas, como le gustaba a él. Si iba a estar allí mucho tiempo, debería tener cuidado. Se fue a preparar los tés moviendo la cabeza, no, otra vez no. No se volvería a colgar de ninguna chica, de momento.

—¡Qué alegría verlo, profesor! —dijo Susan saludando al anciano. Había sido uno de sus primeros profesores en la universidad y ya era mayor entonces. Se retiró cuando ella estaba acabando la carrera, pero siguieron en contacto. Era como un tío para ella.

—¡Susan! Muchas gracias por venir —el hombre intentó levantarse, pero al no conseguirlo, se volvió a sentar. Ella se preocupó al verlo tan poco ágil. ¿Cuándo se había vuelto tan mayor?

—No se levante —dijo ella y él agradeció el gesto—. Es un honor que me haya llamado. Estar aquí con toda una eminencia es lo que todo estudiante desearía.

—Bueno, tú ya no eres una estudiante. ¿Te ha puesto muchos problemas el rector?

—No, ¡para nada! Eso sí, le tuve que prometer publicar en la revista de la facultad algún artículo desde aquí.

—¡Viejo zorro! —sonrió el profesor—. La verdad es que es un tipo estupendo.

En ese momento entró Sean con una bandeja donde llevaba los tés y un plato de pastas. El profesor lo miró agradecido.

—Mi sobrino está pasando una temporada conmigo, estoy un poco torpe últimamente, y desde que falleció Annabelle, bueno... la echo de menos.

Susan asintió y le dedicó una sonrisa a Sean. Las tazas se movieron un poco en la bandeja y él bajó el rostro. Ella se acordaba de Annabelle, una encantadora mujer que había fallecido hace seis meses. No pudo venir al entierro porque entonces estaba de viaje, pero lo sintió mucho.

—Bueno, profesor, ¿y qué ha encontrado? —dijo ella cambiando de tema. Los ojos antes tristes del hombre se iluminaron y comenzó a explicar. Sean se sentó junto a ellos, aunque ya se sabía la historia.

—No sé si sabías que al lado del parque de Cramond, donde está el yacimiento romano, tengo algunas tierras que lindan con un bosque. El caso es que un día, paseando con Sean, tropezamos, literalmente con una gran roca. Empezamos a excavar y cuál no fue mi sorpresa cuando descubrimos que era un pedazo de muralla. Lo comunicamos a las autoridades y ahora dirijo la excavación, pero como ves, no estoy muy bien de salud.

—¿Tú también eres arqueólogo? —preguntó Susan a Sean.

—No, yo soy ingeniero, pero la empresa donde trabajaba fue absorbida por una americana, y ahora mismo estoy esperando los resultados de la fusión. Aunque ya llevan meses en ello. Mientras tanto, nos han dejado libres de hacer lo que queramos. Pero imagino que nos ofrecerán marcharnos a Nueva York, a la sede. Ya veremos —él se encogió de hombros—. Mientras tanto, estoy disfrutando del campo y de estar con mi tío. Es divertido eso de excavar.

—Desde luego, ¡es una pasada! —dijo ella entusiasmada. Tomaron el té y siguieron hablando alumna y profesor tan entusiasmados, que él no intervino. Solo observaba la pasión que ambos expresaban. Su tío parecía haber rejuvenecido años al estar junto a la preciosa mujer, que, cuando le sonrió al entrar con la bandeja, casi hizo que se le cayese todo, deslumbrado por ella.

Al día siguiente los acompañaría hasta la excavación, a dos kilómetros de su casa. El profesor había conseguido la colaboración de algunos estudiantes y un funcionario también estaba supervisando el trabajo. Sería muy agradable pasar esos días con ella, aunque tan apasionada como su tío, suponía que el resto del mundo desaparecería para ellos.

Acompañó a una de las habitaciones de invitados del piso superior. Al principio pensó en ponerla en el piso primero, junto con su tío, pero una vez que la había conocido, prefirió tenerla cerca. Saber que estaba solo a dos puertas de él le gustaba. Demasiado.

Sean preparó una agradable cena con ayuda de la señora Higgins, una vecina que los llevaba ayudando con las tareas domésticas desde que su esposa falleció. A Susan, a la que no le gustaba mucho cocinar, le agradó que él fuera tan casero. Esa noche siguieron compartiendo la cena y no muy tarde, el profesor se fue a dormir, dejándolos solos.

—¿Quieres dar una vuelta? Ahora no llueve —preguntó Sean. Ella asintió.

—Me encantará. ¿Hay muchos pubs abiertos a estas horas?

—Claro, tomaremos unas pintas en uno muy típico, irlandés, como mi familia paterna. Te gustará.

Se abrigaron y salieron caminando hacia el pub Mary Molley, un típico pub irlandés con chimenea y algunos muebles vintage. En él encontraron varios feligreses que tomaban cerveza negra y escuchaban la típica música con tres paisanos tocando instrumentos en un rincón. Algunos jaleaban a los músicos mientras tomaban sus bebidas.

Se sentaron en una de las mesas y pidieron dos pintas. La camarera, una preciosa rubia de ojos grises, guiñó el ojo a Sean. Susan bajó la mirada. Por supuesto, el tipo debía de tener novia o novias, incluso. ¿Cómo iba a estar soltero con lo atractivo que era?

—¿Cómo te has decidido a venir, así, de repente con mi tío? —le preguntó Sean.

—Adoro a tu tío, es el mejor profesor que jamás tuve. Y, la verdad, creo que me aburría ya de las clases.

—¿Y tu pareja? ¿La dejaste? —dijo él mirándola intensamente.

—Oh, eso se acabó hace tiempo. Ahora mismo estoy sola.

—Me parece increíble, eres preciosa.

—Bueno, tú tampoco estás nada mal. ¿La rubia es tu chica? —dijo Susan señalando a la camarera con la cabeza.

—¿Molly? No, ella es mi prima, pero es como si fuera mi hermana —tomó un trago de su pinta y miró a la morena—. Ahora mismo no estoy con nadie. Tenía una compañera de trabajo, pero se ha ido a Estados Unidos. Yo todavía me lo estoy pensando.

—Pero ella te está esperando, ¿no?

—No lo sé. Hace ya cuatro meses. No creo que ella sea de las que espera —se encogió de hombros—. De todas formas, ahora que mi tío está un poco enfermo, tal vez me quede aquí.

—Eres un buen sobrino —dijo ella poniendo la mano sobre la de él—. Debéis ser estupendos, toda la familia.

—No somos mala gente, desde luego —dijo él acariciando su muñeca. Tenía la piel tan suave que parecía seda.

—Sean, yo, creo que no deberíamos.... —dijo ella un poco tímida. Es cierto que era muy atractivo, pero quizá iba muy deprisa.

—Oh, sí, lo siento. Solo, bueno, mejor nos vamos.

Sean pagó las pintas y salieron del pub. Caminaron deprisa, sin decir una palabra. La situación de incomodidad se había implantado entre ellos. Susan se sentía atraída, ¿quién no?, pero tampoco es que quisiera estropear la relación con el profesor. Y tampoco distraerse.

Llegaron a la casa, al final casi corriendo porque una fina lluvia comenzó a caer. En el piso de arriba, en las habitaciones de invitados, había solo un baño, que tendrían que compartir. Eso resultaba un tanto incómodo, y después de que él hubiera intentado algo con ella, o eso supuso, no iba a ser fácil.

Sean le cedió entrar en el baño antes que él y le dio varias toallas. Después de darse una rápida ducha, se puso un camisón calentito de algodón. Su habitación era muy sencilla, con una gran cama y un tocador, además del armario. Lo único que destacaba de una forma estridente, era el papel de la pared, de flores y animales, pero, aun así, el conjunto era encantador. Se metió en la cama con un par de mantas y se quedó dormida al instante.

No llevaba ni dos horas dormida cuando escuchó un gemido. Se sentó en la cama preocupada. ¿Estaría el profesor mal? Se puso una bata y las zapatillas y salió al pasillo. En la planta de abajo no se escuchaba nada. ¿Lo habría soñado? Era una casa antigua, desde luego, y ella no es que creyese en fantasmas, pero...

Escuchó de nuevo el gemido y ahora sí lo localizó. Venía del cuarto de Sean. Llamó suavemente, pero nadie contestó. Escuchó de nuevo el gemido y decidió entrar. Tal vez se encontraba mal.

El hombre estaba echado, destapado y sin camiseta. Su pecho ancho y sin apenas vello, le pareció demasiado atractivo como para poder quitar la vista. La luna llena que alumbraba desde el exterior delineaba su bien formado cuerpo. Él estaba inquieto, con los ojos cerrados. Se agarraba al colchón como si estuviera en peligro. Ella se sintió conmovida y se acercó, sentándose junto a él.

—Tranquilo, Sean, tranquilo —dijo acariciando su mano.

De repente, él la cogió de la cintura y la echó junto a él, enterrando su cara en el cuello y murmurando algo en gaélico. Ella se quedó paralizada, sin saber qué hacer. Su fuerte brazo la había atrapado y el cuerpo se pegaba a ella de manera que sentía los músculos de sus piernas debajo de sus muslos. El olor que emanaba era delicioso. Pronto se quedó dormido, respirando pausadamente. Susan pensó que podría dormir cada día de su vida con él. Sus manos se apoyaban en la cama, cerca de su pecho, y ella empezó a sentir demasiado calor y excitación. Debía levantarse de la cama, pero el brazo pesaba mucho. Decidió quedarse un ratito, hasta que él cambiase de posición, pero se quedó profundamente dormida.

Sean se despertó, pero no abrió los ojos. Hacía muchos días que no dormía tan bien, sin pesadillas. Comenzó a sentir su cuerpo, tal y como le había explicado la psiquiatra, tras el incidente. De repente, abrió los ojos al darse cuenta de que no estaba solo.

Susan estaba durmiendo en su cama, apoyada en su pecho, mientras su mano descansaba en la cadera de ella. Aspiró el olor de su cabello y acarició su rostro. No sabía qué hacía ella allí, pero le agradaba. Es más, le excitaba. Se cubrió sus pantalones que escondían su miembro erecto, cosa habitual por la mañana, pero en cuanto la vio allí, aumentó su dureza.

—Buenos días —dijo él acariciando su rostro para despertarla.

—Oh, ah —ella abrió los ojos extrañada—. ¿Qué haces en mi cama?

—Bueno —rio entre dientes—. Técnicamente estás en la mía.

—Oh, perdona, ayer —Ella cerró los ojos intentando recordar—. Ayer te escuché, pensé que te pasaba algo y luego me agarraste y, en fin, creo que me quedé dormida.

—Ah, ya —Él se echó hacia atrás ligeramente avergonzado—. Lo siento, Susan.

—No pasa nada —dijo ella apoyándose en el codo y mirándolo—. ¿Una pesadilla?

—Sí, a veces tengo pesadillas —Susan se quedó mirándolo, esperando que él siguiera—. Será mejor que vayas a tu habitación, pronto mi tío querrá salir a la excavación.

—Claro, me voy.

Susan se levantó enseguida y salió de la habitación. Le había gustado dormir con él.

Se metió en la ducha y bajó a desayunar. La señora Higgins ya había preparado unos huevos revueltos, salchichas, bacon y tostadas, acompañados de té y café.

El profesor ya estaba desayunando animadamente y recibió con alegría a la mujer.

—Hoy hace un día maravilloso, podremos estar trabajando toda la mañana, aunque seguramente esté todo lleno de barro. ¿Trajiste equipo?

—Por supuesto, profesor, tengo mis botas y todo lo necesario.

Sean entró, recién duchado y con el cabello rizado todavía húmedo. A ella se le escapó un

suspiro. Se quedaron mirando durante unos segundos, y ella continuó desayunando y escuchando al profesor que le explicaba detalladamente lo que iban a hacer todo el día. Susan volvió a la conversación mientras Sean se sentaba junto a ella a desayunar. Su rodilla se apoyó en la de ella sin poder evitarlo, ya que apenas había espacio bajo la mesa. Ella se ruborizó, pero no dijo nada.

—Saldremos en media hora —continuaba el profesor—. El equipo está montando una tienda de campaña para los aparatos electrónicos que llegaron ayer de la universidad. Tenemos un lidar terrestre para registrar la zona que hemos acotado.

—¿Qué es un lidar? —preguntó Sean.

—Es un aparato que dispara pulsos láser que van registrando las estructuras ya que chocan con los objetos —contestó ella—. Así podemos excavar en los lugares adecuados.

—Yo pensaba que los arqueólogos usaban la intuición para encontrar los tesoros, como en las películas —bromeó Sean.

—Antes, quizá —dijo su tío—. Nosotros teníamos que buscar irregularidades, hacer catas, y mil cosas. En cambio, ahora, es todo más sencillo.

—Estoy deseando ponerme manos a la obra —dijo Susan entusiasmada.

—Cargaré las cosas en la furgoneta—dijo Sean levantándose—. Y salimos, tío.

—Yo te ayudo.

Susan se levantó junto al hombre y comenzaron a cargar la ropa, las botas, ordenadores y demás utensilios necesarios. Cuando ya estuvo preparado, el profesor salió apoyado en un bastón. Realmente había envejecido mucho desde que perdió a su esposa, pensó ella.

Se subieron a la furgoneta y Sean condujo despacio por la ciudad hasta llegar a las afueras de Edimburgo. Se metió por una zona vallada y llegaron a la zona de la excavación. Estaba todo lleno de barro y los estudiantes habían puesto algunas maderas para evitar los charcos. Sean aparcó en el lugar justo donde había maderas para que el profesor pudiera salir. El problema es que su lado estaba justo encima de un charco, y era imposible cambiarse de lugar, porque estaba lleno de cachivaches. Sean ya se había puesto las botas altas, pero Susan las tenía detrás y no podía acceder desde el asiento. Sean se dio cuenta.

—Susan, yo te llevo.

Sean se metió en el charco que le llegaba hasta los tobillos y abrió los brazos para cogerla. Ella dudó, pero no había otra posibilidad, así que saltó sobre él. Sean trastabilló hacia atrás, pero

la agarró poniéndole las manos en las piernas, cerca de su trasero. Ella se agarró de su cuello y sus rostros se quedaron muy cerca. Se quedaron durante unos momentos ahí, dentro del charco, agarrados, hasta que escucharon unas risas de los estudiantes.

Sean avanzó por el charco hasta que lo superó y dejó en lugar seco a la mujer, que estaba colorada por la situación. Ella fue a recoger sus botas y se las puso sin decir nada. El profesor ya estaba bajo la tienda y varios estudiantes rodeaban la pantalla del ordenador revisando los resultados del lidar.

—Empezaremos la excavación por la zona sur del hallazgo número uno. Ahí es donde parece haber más posibilidades —dijo el profesor.

Todos se pusieron manos a la obra. Pronto, la zona quedó muy despejada. Las botas y las manos enguantadas ya estaban llenas de barro y los rostros, sudados y satisfechos.

Uno de los estudiantes gritó cuando su pala chochó con algo más duro. Todos se acercaron a verlo y algunos de ellos gritaron emocionados. Lo que parecía haber encontrado era una piedra lisa, al parecer parte de una calzada. Eso era magnífico. El profesor los felicitó a todos por el hallazgo.

Sean había preparado unos cafés en un hornillo y los ofreció a todos. Susan se acercó sonriente al hombre y aceptó su café caliente.

—Has traído suerte a mi tío, Susan. Está muy feliz, hacía mucho tiempo que no lo veía tan contento.

—Yo estoy también muy feliz, haber venido aquí me está devolviendo el sentido de mi profesión. El trabajo de campo es siempre lo que más me ha gustado y esto simplemente es un sueño.

—Sí, ya lo creo —dijo Sean distraído mirándola.

Una llamada lo sacó de su distracción y se retiró a hablar un poco. Susan lo escuchó hablar sobre Nueva York y pensó que quizá le habían ofrecido por fin el traslado. Eso le apenó. Vio al hombre volver con una sonrisa en la boca.

—¡Me han ofrecido el trabajo! ¡Me han ofrecido viajar a Nueva York! —dijo sonriendo a Susan y a su tío.

—¡Enhorabuena, Sean! —dijo su tío alegrándose sinceramente.

Susan miró al profesor, ¿qué haría sin su sobrino? Y, egoístamente, el escocés estaba

empezando a gustarle.

—Me alegro por ti, Sean. De verdad —dijo ella terminando el café y volviendo al trabajo.

El día pasó deprisa. Tomaron unos sándwiches y acabaron encontrando dos losas más. Agotados y satisfechos, volvieron hacia la casa. Después de turnarse para ducharse, bajaron a cenar un delicioso pastel de carne que la señora Higgins había dejado en el horno.

—Ha sido un gran hallazgo —dijo el profesor entusiasmado—, pero nada como la buena noticia de que recuperas tu empleo.

—Sí, son buenas noticias... No sé, tío, ¿cómo te vas a arreglar? —dijo Sean preocupado.

—Susan estará aquí un tiempo, y luego, no sé, tal vez me plantee ir al hogar del jubilado. No puedo atar a nadie conmigo, y menos a ti, que eres joven y tienes una vida por delante —dijo él.

—Pero profesor, ¿cómo se va a ir al hogar del jubilado? —protestó Susan.

—Ay, hija, ya tengo setenta y tres años y mi salud no es la mejor. Esta última excavación es una despedida por todo lo alto. Estoy muy satisfecho con mi vida y solo deseo que los que quiero, tengan una vida feliz. Por eso, Sean, debes volar y buscarte la vida allende los mares.

Sean asintió y miró a Susan. Era muy pronto para pensar en nada, pero aun así... Ahora no estaba tan seguro.

Susan se acostó agotada. Después de todo el día excavando, le dolían las piernas y los brazos. Además, todavía no se había quitado la sensación de estar embarrada, aunque se había dado una buena ducha.

Se quedó dormida y, de nuevo, a las dos horas aproximadamente, empezó a escuchar gemir a Sean. Se levantó sin poder evitarlo. Este hombre tenía que hacer algo para evitar sus pesadillas. Tal vez consultar a algún profesional.

Se acercó a su habitación. El tipo desde luego no era friolero, porque solo dormía con un pantalón. Su pecho se adivinaba bajo las sábanas. Tenía el ceño fruncido y volvía a estar agarrado a la sábana. Decidió echarse junto a él, era agradable y el día anterior le había calmado. Hacía mucho que no dormía con un hombre y ahora se daba cuenta de que echaba de menos esa sensación.

Se recostó junto al hombre y enseguida él se acercó a ella. Tomándola de la cintura y apretándola hacia él. Ella se dejó hacer y se acurrucó contra su pecho. De repente escuchó una risita. Él la miraba con ojos somnolientos.

—¿Vas a venir a rescatarme siempre que tenga pesadillas? —susurró él.

—Bueno, solo si te escucho. Cuando estés en Nueva York, creo que no te oiré.

—Ah, eso. Yo no sé qué voy a hacer.

Susan lo miró a los ojos y sonrió. Él acarició su rostro y se acercó a ella. Sus labios se rozaron y acariciaron de forma suave y delicada. Sean acarició su cadera y continuó subiendo la mano para rozar su brazo.

—¿Sabes? Tienes algo que me hace relajarme, no sé qué es, pero me siento a gusto contigo. Anoche, por primera vez, no tuve pesadillas.

—¿Qué te ocurre? ¿Por qué tienes malos sueños?

—Es una larga historia.

Susan se apoyó en su brazo y lo miró a los ojos, dándole pie para seguir. Él se echó boca arriba, recordando.

—Cuando tenía doce años, acompañé a mi tío a una excavación. Era verano y estábamos en

Djehuty, en Egipto. Habían cavado varios pozos y bueno, yo era curioso. Caí en uno, al atardecer, y no me rescataron hasta el medio día siguiente. Había agua, y bichos, creo que incluso alguna serpiente. Pensé que moriría. De vez en cuando, gritaba, hasta que me quedé afónico. Es algo que me persigue desde entonces.

—Lo siento mucho, Sean. No imagino lo horrible que pudo llegar a ser.

Susan acarició su brazo y subió hasta el cuello su mano, acariciando su incipiente barba. Si él se iba a ir, al menos, podían estar juntos una noche. Se acercó y depositó un suave beso que se convirtió en algo mucho más profundo, más sensual. Él la rodeo y la atrajo de lado hasta su torso y ella sintió su masculinidad preparada.

—Si no paramos aquí, no sé si podré resistirme —susurró él en su cuello.

—No quiero parar, Sean.

No hizo falta decir más, Sean se lanzó a besarla con intensidad, atrapando sus labios. Ella se apartó y se deshizo del camión, dejando ver su cuerpo desnudo a excepción de unas sencillas braguitas blancas. Él acarició su piel suave, provocándole escalofríos. Su mano escaló hasta sus pechos, donde se deleitó con caricias y besos.

Ella le quitó los pantalones, dejando salir su miembro preparado y lo acarició, haciendo que saltara.

—Dime que tienes condones —dijo ella poniéndose encima.

—Puede que sí, si no tuviera, no hace falta que llegemos tan lejos. Déjame mirar.

Sean se retorció para buscar su cartera en la mesilla. Por suerte tenía uno. Ella observó los fuertes brazos que se estiraban, cada vez estaba más excitada. Consiguieron que Sean se pusiera el preservativo y entonces ella se levantó para sentarse de nuevo, esta vez, introduciéndose completamente el duro miembro del escocés.

Ella comenzó a moverse, arqueándose de placer, mientras él la tomaba de las caderas. Durante un largo rato se movieron de forma cadenciosa y sensual en un baile sin tiempo ni lugar, en el que se entregaron al placer hasta llegar unidos a la misma meta.

Un suave sopor los invadió después de tanto placer y se quedaron abrazados, desnudos. Sean cerró los ojos, seguro de que hoy tampoco tendría pesadillas.

Sean bajó a desayunar con una sonrisa en los labios. Se habían despertado pronto y, aunque no habían hecho el amor por falta de condones, también habían pasado un buen rato dándose placer. Ese día él se duchó antes porque ella deseaba lavarse el pelo.

—Vaya, Sean, tienes muy buena cara —dijo su tío—. ¿Has dormido bien?

Su tío sabía de sus pesadillas. Él asintió. Claro que tampoco le iba a decir la verdadera razón por la que había descansado de maravilla.

—Entonces, ¿te vas a Nueva York? ¿Ya lo has decidido?

—Probablemente. Pero todavía no he tomado una decisión en firme.

—Pero hijo, no lo hagas por mí. Tienes que hacer tu vida, pensar en tu futuro. Esa empresa y ese trabajo es todo lo que has soñado. Desde bien pequeño decías que querías diseñar aparatos que ayudasen a mejorar el mundo. ¡Y lo conseguiste! Viajar a Estados Unidos podrá abrirte muchas puertas.

Sean asintió y siguió desayunando. Susan, que justo bajaba por las escaleras, escuchó las palabras del profesor. Aunque ella deseaba estar con Sean, sería muy egoísta por su parte impedirle cumplir sus sueños. Ella había cumplido los suyos. Esperó unos segundos para entrar y lo hizo, sonriendo solo con los labios.

—¿Preparados para otra jornada excavando? —dijo ella mientras se servía un desayuno completo.

—Estamos teniendo suerte. Hoy tampoco llueve —dijo el profesor—. Hoy van a venir del ministerio para hacer las fotos de nuestros hallazgos. También se llevarán una muestra al laboratorio para hacer las pruebas de datación, así nos confirmarán que lo que hemos encontrado es algo realmente antiguo.

—Estupendo. ¿Nos vamos ya? Estoy deseando volver a excavar —dijo Susan.

El día pasó rápido, los expertos les dirían al día siguiente si los resultados serán positivos y, además, habían encontrado unas pequeñas piezas de alfarería.

Durante la cena, Sean miraba a la mujer, intentando comunicarse con ella, pero ella desviaba su mirada. No quería implicarse más con él, si es que debía irse.

Se fue a la cama alegando un fuerte dolor de cabeza y esa noche, aunque lo escuchó gemir, no pasó a darle consuelo, porque quien más consuelo necesitaría, sería ella.

Apenas durmió y a la mañana siguiente Sean le preguntó con la mirada, pero ella se encogió de hombros.

Durante varios días, su comportamiento fue algo más distante y él comenzó a desilusionarse. El tiempo pasado con ella había sido tan maravilloso y Susan parecía haber disfrutado. ¿Qué había pasado? Había intentado hablar con ella, sin éxito. Siempre estaba demasiado ocupada. Al final, dejó de intentarlo.

Su compañera y exnovia lo había llamado para animarle a viajar pronto, pero en un mes sería Navidad, y puesto que iba a vivir allí una buena temporada, decidió pasar las fiestas con su tío, que era católico y celebraba siempre con gran alegría esos días. Acudirían sus padres, y sus primos. Podían ser las últimas navidades de su tío en su casa, ya que estaba dispuesto a marcharse. No, no se iría tan pronto.

Además, estaba Susan. Quería saber qué le había pasado y echaba de menos su piel. Sin embargo, las semanas pasaron y no pudo sacar nada en claro.

Susan entró en el baño totalmente dormida. La noche anterior se había quedado escribiendo un informe de todas las piezas, tamaños y características. Después de que el ministerio confirmase que se trataba de un yacimiento romano, el trabajo se había duplicado.

Se quitó la toalla y se metió automáticamente en la ducha, hasta que se dio cuenta de que el grifo estaba abierto y que había alguien desnudo dentro.

—Oh, Dios, lo siento, Sean —dijo ella intentando salir, pero él la había tomado de la cintura.

—No, me encanta verte aquí. Pensé que no querías saber nada más.

—Bueno, yo, ... tú te vas a ir.

—Entonces aprovechemos el momento —dijo él besándola. Ella no pudo resistirse y devolvió el beso.

El agua caía por sus cabezas y se deslizaba por sus cuerpos calientes y excitados. Él la cogió en brazos y ella enroscó sus piernas en su cintura. Se estremeció cuando la apoyó en la pared fría, pero su cuerpo estaba a punto de estallar. Sean cerró la ducha y sin soltarla, fue caminando hasta su habitación, que estaba más cerca. La echó en ella y cerró la puerta.

—¿Quieres hacer el amor conmigo? —dijo él sonriendo.

—Sí, quiero hacerlo —contestó ella, dispuesta.

—Menos mal que compré condones, aunque hace tiempo...

Ella se echó a reír y lo acogió entre sus brazos para pasar un buen rato de amor y sexo placentero.

—No debía haber ocurrido, no debía haber ocurrido —se decía Susan mientras pasaba a su habitación. Ahora se había colgado de él. No, se corrigió. Se había enamorado. Verlo cada día cuidando de su tío, de todos, estando tan atento, tan atractivo, arrebatava su corazón.

Tenía que hablarlo con su hermana, con Caroline, porque necesitaba saber si era posible que alguien pudiera sentir algo tan intenso en tan poco tiempo.

La llamó, despertándola y, aunque sabía que no tenía un buen despertar, contestó a su llamada.

—Caroline, lo siento, quería comentarte algo y necesito la opinión de una hermana.

—Vamos, suéltalo. Total, ya me has despertado.

Susan le contó todo lo que había pasado con Sean, incluida la posibilidad de que él se marchase a Estados Unidos.

—Mira, Susan, yo no creo en el amor a primera vista. Eso ocurre en las novelas que siempre hemos leído y cosas como múltiples orgasmos y enamorarse en unos días... no sé. Yo no me lo creo.

—Te aseguro que el sexo con él ha sido increíble... pero vamos, no me ayudas nada —protestó ella.

—Si querías que te dijera que todo saldrá bien y que es el amor de tu vida, espera sentada. El amor se cuece lentamente, y no hay sorpresas ni hacerlo en la ducha ¡es incómodo! No sé, Susan, por mi experiencia no se conoce a alguien que te arrebathe el corazón. Tal vez sea solo un capricho.

—¿Tú crees? A lo mejor tienes razón —dijo finalmente la hermana mayor. Dejaré que se vaya.

Susan colgó el teléfono. Lo mejor sería que se marchase a un hostel. Con la excusa de que llegaba su familia, se alejaría de él.

Volvió a darle largas hasta el día veinte de diciembre. Sean parecía contrariado y enfadado y no lo culpaba. Ella estaba tan confundida que no podía ni hablar con él con normalidad.

Sean vio bajar las escaleras a Susan. De nuevo volvía a no hablarle. Ya estaba harto. Se

sentía muy atraído por ella, y, de hecho, estaba pensando incluso en renunciar a su puesto y no marcharse. Todos los días intentaba hablar con ella, era amable, educada, pero nada de hablar de temas íntimos. Nada de volver a disfrutar de sus besos y de su piel suave.

Eso le estaba poniendo furioso. Cada día se enfurecía más al verla trabajar en el campo, junto a su tío, siendo encantadora con los estudiantes. Incluso alguno de ellos parecía estar interesado y ella se dejaba querer.

La balanza de la decisión de marcharse a Nueva York estaba cada vez inclinándose más hacia ello. ¿Cómo había pensado que ella estaba interesada en él? Había sido un capricho, un calentón, solo sexo. Desde muy joven sabía que atraía a las mujeres, y mientras se lo pasase bien, no le importaba. Pero ahora solo quería atraer a una, a esa morena que cada día se ponía a cavar como si fuera una estudiante, con más brío si cabe.

Sus padres llegaron al día siguiente, junto a su hermano pequeño. Se instalaron en la casa y ella se fue a un hostel cercano. Era cierto que las camas iban justas, pero podría haberse quedado. Eso lo enfureció todavía más. Estaba de mal humor cuando se acercaba el día de Navidad. Su madre estaba preparando la comida y el resto de su familia adornaba la casa, mientras su tío miraba con agrado todos los preparativos.

Susan y sus primos vendrían a la cena de Nochebuena, al igual que su tío, el que era párroco y también un viejo amigo del profesor. Sería una cena muy animada, aunque realmente, él no estaba contento.

Estaba muy decepcionado. Su padre intentó sonsacarle algo, pero no pudo. Se negaba a hablar.

Ayudó a su madre a preparar varios platos típicos de allí y también algunos irlandeses, por su padre. La mesa estaba preciosa y el salón totalmente adornado. Habían colocado un árbol de Navidad en una esquina del salón y en la chimenea ardía un alegre fuego. Todo lo necesario para una velada agradable, si él no estuviera de tan mal humor.

Llegó su tío Cillian, el párroco de la cercana iglesia, sus primas Molly y Mary, y el amigo del profesor, Callum O'Shea, todos elegantemente vestidos. Y ella. Susan se había puesto un vestido rojo oscuro que contrastaba con su preciosa piel blanca y su cabello negro suelto. Estaba tan bonita que dolía mirarla.

—Hola a todos —dijo sonriendo—. Hola, Sean.

—Te presento a mis padres, Agnes y Theo, y estos son mi tío Cillian, Molly, Mary y el

señor O'Shea. Ella es la ayudante de mi tío. Susan Edwards.

Una vez hechas las presentaciones, Susan se integró en el grupo. El señor O'Shea era aficionado a la arqueología y la conversación pronto se centró en la excavación.

—¿Qué pasa con esa chica? —dijo su madre al ver como Sean no la perdía de vista.

—No pasa nada, madre. Solo es la ayudante del tío.

—Pero te gusta, y mucho, porque no dejas de mirarla —insistió ella.

—Madre, déjalo ya. No seas casamentera. No te negaré que sí hubo atracción, pero yo no le intereso.

—¡Eso es imposible! No hay hombre más guapo que tú —dijo ella indignada.

—Pero no es solo ser más o menos guapo, como tú dices. Y, además, no es para tanto. A veces las cosas no son tan fáciles.

—Bueno, hijo. Cuando vayas a Nueva York quizá encuentres a alguien que te quiera de verdad.

—Sí. Estoy dispuesto a marcharme y empezar una nueva vida.

Su madre lo abrazó y durante un rato lo sostuvo. Aunque tuviera más de treinta, todavía era su pequeño.

Susan miro como se abrazaban. Apreciaba mucho que alguien pudiera querer tanto a sus padres. Tal vez, si hubiera habido otras circunstancias, ellos hubieran sido compatibles.

Molly se acercó a ella con una copa de ponche y le dio un abrazo.

—Feliz Navidad, Susan. Qué guapo está mi primo, ¿verdad?

—Oh, sí, es un hombre muy atractivo, eso lo ve cualquiera —dijo ella bajando la vista.

—Y tú estás coladita por él. Se te nota en la cara —dijo ella riéndose.

—No, no, digamos que me atrajo, pero él se va a ir a Nueva York, y es lo que tiene que hacer.

—¿Tú no puedes viajar allí, vivir en Nueva York? —preguntó ella curiosa.

—No, tengo trabajo en Londres y, además, ¿para qué? Molly, él no está interesado realmente en mí.

—Creo que te equivocas. Mi tía no lo abrazaría a menos de que estuviera hecho polvo. Por lo que he hablado antes con él, está bastante cabreado y diría que confuso. Creo que no sabe a qué atenerse contigo.

—Sí, en eso le doy la razón. Yo tampoco lo tengo muy claro.

—¿Y por qué niegas tus sentimientos? Creo que estás loca por él y él está loco por ti. ¿Por qué no intentarlo? Y si sale mal, bueno, seguro que no es la primera relación que dejas.

—Pero ahora no creo que quiera nada de mí. He estado con él, luego lo ignoré. Me he comportado como una tarada —sonrió ella.

—Venga, Susan, eres una mujer valiente, coge el problema y enfréntate —dijo Molly dándole un cariñoso puñetazo en el hombro.

Susan se quedó pensativa. Miró de reojo al hombre que tomaba un café apoyado en la encimera. Los demás estaban ocupados, riendo y bromeando, pero ella los ignoró. Solo lo veía a él. Sean sintió la mirada de la mujer que le traía loco. ¿Qué narices le pasaba ahora? ¿Por qué lo miraba de forma tan intensa?

Ella se decidió por fin y se acercó al escocés, con una tímida sonrisa en los labios.

—¿Podemos hablar, Sean? A solas.

—¿Para qué? ¿Ahora has cambiado de opinión? Me confundes, Susan —dijo él molesto.

—Lo sé, por eso quiero hablar contigo a solas. Por favor, será solo un momento.

—Está bien, vamos al despacho del profesor.

Susan asintió y se encaminó hacia el despacho. En la puerta había una rama de muérdago, pero pasó rápido, para evitar malentendidos. Sean la siguió y cerró la puerta corredera. Cruzó los brazos y se apoyó en la chimenea.

—¿Y bien? —dijo él esperando.

—Bueno, no sé ni cómo empezar —suspiró ella—. Primero, quiero disculparme por haberte confundido. No sé si estás interesado realmente en mí, o si puedo ser un obstáculo para tu carrera profesional.

—A veces la carrera profesional no es lo más importante. Uno puede decidir cuál es su prioridad —dijo él sin aclarar nada.

—Exacto —Susan comenzó a caminar alrededor de él—. Me he planteado... si él estuviera interesado en mí, ¿podría mudarme a Nueva York? —Él dio un respingo y pareció interesarse más—. Pero en mi trabajo tengo un puesto fijo y, es complicado conseguir un trabajo como profesora, por lo que tuve que descartarlo.

—Eres muy lógica —sonrió él irónico.

—Sí, pero espera, todavía no he acabado —Susan se puso delante de él—. Entonces me planteé irme y buscar un trabajo, pero está la excavación de tu tío. Y tenemos trabajo para varios meses.

—Entonces, no hay nada que hacer —Él ya reía sin poder evitarlo.

—Oh, puede haberlo. Si tú decidieras quedarte aquí, con tu tío. Yo sé que es mucho pedir, pero eres un ingeniero brillante. Tal vez tus jefes no quieran perderte y te den trabajo....

—En resumen, quieres que me quede porque tú no puedes irte, sin saber si realmente sientes algo por mí...

—Ah, es que eso es lo más importante. Sean McDall, estoy enamorada de ti casi desde el primer momento en que te vi. Quiero pasar el resto de mi vida contigo.

Sean enarcó las cejas y se la quedó mirando sin saber qué decir, sin reaccionar.

—¿Y bueno? ¿No me dices nada? —dijo ella. ¿Habría metido la pata?

—Quiero proponerte un trato, Susan. Si de verdad me amas, si de verdad quieres que estemos juntos, que renuncie a mi puesto en Nueva York y me quede contigo, la apuesta es fuerte.

—Claro que sí, escocés. Lo sé. Acepto la apuesta —dijo ella dando un paso más hacia él.

—Aún no sabes qué apuesta es —Su sonrisa ocultaba quizá un plan malévol—. Si de verdad quieres que ocurra todo eso, tú debes hacer algo.

—Estoy dispuesta a hacer lo que digas, no tengo miedo —Ella dio un paso de forma que ya se rozaban.

—De acuerdo. Ahí va. Si de verdad me amas, entonces mañana, el día de Navidad, y delante de mi familia, te casarás conmigo.

Él le regaló una amplia sonrisa mientras ella abría la boca sin saber qué decir. Se lo quedó mirando, quería saber si realmente lo decía en serio. Sean la cogió de la cintura y la atrajo hacia él.

—Sé que es algo precipitado, pero, Susan Edwards, ¿harías el honor de ser mi esposa? —hizo una pausa—, ¿mañana por la mañana?

—Oh, ah, —ella lo miró fijamente—. Voy a fastidiarte un rato y a decir que sí.

—¿Has dicho que sí? —dijo él acercando sus labios a los de ella.

—He dicho que sí, escocés.

Sean comenzó a besarla con ansia, con hambre, hasta que la puerta se abrió.

—Oh, vaya, parece que os habéis reconciliado —dijo Molly sonriendo.

—Prima, mañana me voy a casar con esta mujer —Su prima abrió los ojos asombrada y tras aceptarlo, corrió a darle un par de abrazos a cada uno.

—Tengo que hablar con tío Cillian. Mañana oficiará la boda.

—Espera, Sean, ¿y mi familia? —dijo Susan alarmada—. Mi madre y mi hermana me matarán si no están en ella.

—Nos casaremos en Londres otra vez si quieres, por eso no es problema. Supongo que será una sorpresa para todos, pero es lo que deseamos, ¿no es así?

Susan asintió con las mejillas sonrojadas. Se sentía muy feliz. Sabía que era precipitado,

pero estaba loca por él. Sean salió a comunicar la buena nueva.

—Tengo un precioso vestido blanco que te podría ir muy bien. Mañana te lo llevaré a primera hora al hostel donde estás alojada y te peinaré. El tío puede officiar la boda en el salón — Molly abrazó a su futura prima.

Se escuchó un grito en el salón y las dos chicas salieron corriendo.

—¡Qué alegría! —gritaba su madre besando a su hijo. Su padre le daba palmaditas en la espalda. Cuando salió Susan la madre fue hacia ella.

—Me alegro mucho, nunca había visto a mi hijo tan entusiasmado, querida. Es un poco rápido, pero Sean me ha asegurado que no estás embarazada, aunque tampoco me importaría.

—No, no Agnes, no estoy embarazada, solo amo a tu hijo con toda mi alma.

—Me encanta escuchar eso, ¡es maravilloso! ¡Y el día de Navidad! —La mujer se quedó pensativa—. Escucha, ¿por qué no llamas a tu familia? Si se ponen en camino, tal vez lleguen. Pueden alojarse aquí, ya haremos sitio.

—Bueno, puedo intentarlo...

Susan se retiró. Llamaría primero a su hermana, la noticia era demasiado fuerte para dársela a su madre directamente.

—¿Caroline? ¿Qué tal estás?

—Hola, Susan, muy bien, preparando la cena con papá y mamá. Frank también cena con nosotros.

—Verás, tengo que decirte algo. Me gustaría que viajaseis a Edimburgo esta noche o mañana a primera hora porque mañana por la mañana me voy a casar.

—¿Qué? —chilló ella—. ¿Puedes volver a repetírmelo?

—Que me caso con Sean. Mañana por la mañana. El día de Navidad —repitió ella entre risas.

—No me lo puedo creer. ¿Pero no estabas dudando sobre tu relación?

—No, fui tonta —volvió a reír ella—. Estoy loca por él y si queréis verme casar, tendréis que venir o esta noche o mañana por la mañana. Hay cuatro horas, así que, si salís a las seis, podréis llegar a tiempo.

—Estás loca —Caroline hizo una pausa—. Pero ¡me encanta! Me gusta verte tan entusiasmada y no puedo más que darte la enhorabuena. Yo le digo todo a mamá y a papá y supongo que luego te llamarán, si no les da un síncope, claro.

—Llámame cuando se lo digas, si no me llama mamá, claro. Te quiero, hermanita.

—Y yo... ainss, qué romántico —susurró Caroline mientras colgaba.

El día de Navidad amaneció frío y soleado. Unos copos de nieve caían suavemente en el jardín mientras Sean se ponía un traje oscuro. Por suerte, en la empresa solía llevar traje, por lo que tenía algo apropiado para su boda. Aún no se creía que Susan hubiese aceptado la proposición, pero ¡así era! Y se iba a casar.

A pesar de los malos ratos pasados, si hay algo que tenía claro es que amaba a esa mujer con toda su alma y que más tarde o más temprano se iban a casar. Así que, ¿por qué no ya?

Su madre entró nerviosa en su habitación. Se había puesto el elegante vestido que se compró para Nochevieja y un suave maquillaje.

—Estoy muy feliz, hijo. Cualquier madre diría que es muy precipitado, pero creo que estás enamorado y ella de ti. Estoy segura de que no te equivocas.

—Gracias, mamá, es muy importante que me des tu bendición, y la de papá.

—Claro que sí, hijo, te apoyaremos en lo que haga falta. Y en cuanto al trabajo, seguro que saldrá algo.

—No me preocupa, puedo encontrar otra cosa aquí, en Edimburgo. Además, así estaré con el tío un tiempo más. Estaremos. Podemos vivir aquí con él.

—Tal vez él no quiera vivir con unos recién casados, Sean. Ya se verá. ¿Viene la familia de Susan?

—Pues sí, están de camino. Según me ha dicho por mensaje, llegarán en una hora. Lo justo para ponerme nervioso —dijo intentando arreglarse la corbata.

—El tío Cillian está feliz de la vida y el tío Henry también. Dice que Susan ha traído la felicidad y la buena suerte a casa. Que gracias a ella encontró la calzada romana y además ha conseguido que te quedases aquí. Ya sabes lo mucho que tu tío te aprecia.

—Si te digo la verdad, en cuanto conocí a Susan, olvidé mi trabajo. Nada tuvo importancia.

—Eres un cielo. Bueno, me bajo para seguir adornando la sala, no me fio de tu padre y tu hermano.

Sean envió un mensaje a su futura esposa. Molly había ido a primera hora para llevarle un vestido y maquillarla y ahora estaría esperando en el hostel a su familia. Al final, decidió

llamarla.

—Hola, amor, ¿no te habrás arrepentido? —dijo Sean.

—No te librarás de mí tan fácilmente, escocés. ¡Oh! Tengo que dejarte, ¡mi familia está aquí! Nos vemos luego, yo soy la que va de blanco —bromeó ella.

Sean sonrió y bajó a tomarse un café. No había podido desayunar porque se le había hecho un nudo en el estómago. Allá abajo estaban todos muy revolucionados. Su madre había hecho un gran trabajo adornando la sala. Todo estaba preparado. Solo faltaba la novia.

—Pero, hija, ¿estás segura? —dijo su madre cuando llegó.

Habían salido de casa a las cinco de la mañana de Londres y en menos de siete horas, estaban en Edimburgo. Por suerte, Frank no había perdido los nervios como ellos tres y condujo prudentemente. Habían llegado arreglados, pero no estaban tan convencidos de que ella se casase.

—Nunca he estado más segura en mi vida. Y sé que, en cuanto veas lo mucho que me ama, te darás cuenta de que es lo correcto —dijo ella abrazando a su madre.

—De todas formas, si no funciona, pueden divorciarse —dijo Caroline—. Así que ¡vamos a celebrar una boda!

Susan abrazó también a su hermana agradeciéndole su apoyo. Ya estaban listos y gracias a que el coche de Frank era amplio, podrían acercarse todos en él.

A las doce y veinte de la mañana, Susan bajó del coche vestida de blanco. La nieve no había dejado de caer y se había depositado en el suelo. Las calles, adoradas con luces y guirnaldas eran el marco ideal para una celebración como la suya.

Molly estaba en la puerta esperando y se metió dentro deprisa. De repente, comenzó a escucharse una preciosa canción escocesa, dulce y sin letra, pero que conmovió el corazón de Susan. Entró en la casa, del brazo de su padre. La familia de Sean había adornado el pasillo y la sala con brezo y flores, como símbolo de buena suerte.

Susan avanzó hacia el salón donde el padre Cillian había preparado un pequeño altar. Sean estaba de pie, sonriendo y esperándola.

El padre de Susan, un hombre moreno de ascendencia francesa entregó a su hija a regañadientes. Caroline abrió los ojos asombrada al ver al hombre tan atractivo con el que su hermana se iba a casar.

—Impresionante —susurró para ella.

La boda fue sencilla y rápida y los votos que improvisaron conmovieron a todos los invitados. Un profundo y enamorado beso selló la unión.

Sean condujo deprisa el coche hacia el hospital. Susan estaba soplando en cada contracción.

—Mira que ponerte de parto el día de Nochebuena —rio él nervioso—. ¿Querías celebrar nuestro primer aniversario en el hospital?

—No me hagas hablar, Sean, que me duele. Y mucho. Conduce rápido, joder —acabó gritando ella.

Habían avisado a Caroline y todos estaban de camino. El parto se adelantó varios días, y no contaban que fuera hoy.

—Tranquila, mi amor, pronto acabará y tendremos a nuestra pequeña en brazos.

—Eso lo dices porque no eres tú el que va a parir, ¡joder! —volvió a gritar Susan al sufrir otra contracción.

Llegaron al hospital y pasaron a la señora McDall a la sala de partos. Sean tuvo que quedarse fuera mientras. Sus padres regresaban de viaje mañana, pensando en estar en Navidades, y en el nacimiento de su primera nieta, pero todo se había descuadrado.

Eso le recordaba a cuando, hace un año, se casaron. Aún recordaba el rostro de su preciosa esposa cuando le propuso un trato que acabó con ellos dos casados.

Ahora paseaba de un lado a otro de la sala, nervioso, esperando a que la doctora que la había atendido saliera a decirle algo.

Al cabo del rato, ya ni sabía cuánto había pasado, llegaron los padres de Susan. Él les informó de lo que estaba ocurriendo y se sentaron con él a esperar.

Caroline llegó al rato. Ella había tomado el tren y el hermano pequeño de Sean, que vivía en Australia, y que había vuelto para esas fiestas, la acompañó hasta el hospital.

Pasaron varias horas, pero nadie salía a informarle. La doctora salió finalmente con el rostro serio.

—Me temo que no vas a poder entrar en el parto. La niña trae dos vueltas de cordón. Me voy, tenemos que solucionar el problema. Te mantendré informado. Tranquilo, ella estará bien.

Sean asintió y se sentó en una de las sillas, apretando los puños. Al momento se levantó, y

volvió a pasear por la sala. No podía sentarse, no podía pensar en que les pudiera pasar algo a ellas.

Por fin, después de una sufrida espera, la doctora salió, informó a los familiares de que todo había ido bien, a pesar de las vueltas de cordón, y que la pequeña Brianna ya estaba en el nido.

Sean fue a ver a su esposa y los demás se marcharon a ver a la pequeña. Susan estaba algo sedada, pero sonrió al ver a su pelirrojo.

—Cariño, ¿estás bien? —dijo Sean acariciando su rostro. Ella asintió.

—Ha sido duro, pero ahí estamos. Hemos tenido una hija, una preciosa niña pelirroja — Susan soltó una risita —¿Has ido a verla? —Él negó con la cabeza—. Anda, ves.

—Te quiero, mi amor. No sabes lo feliz que soy contigo.

Sean besó suavemente a su esposa y se fue para visitar a su pequeña. Entró por los nidos y vio a toda la familia mirando desde el cristal. Acunó a su niña que lo miró con los ojos semicerrados. Era preciosa.

Sean comenzó a cantar una antigua canción de cuna a su pequeña, hasta que ella cerró los ojos y se durmió en sus brazos.

Miró el reloj. La Navidad le había traído el mejor regalo que había podido recibir. Desde hacía un año, no podía ser más feliz que viviendo en Edimburgo, trabajando para una nueva empresa y con su fantástica esposa. Y ahora, con su pequeña pelirroja en los brazos, era simplemente, perfecto.

-FIN-

¿Quieres saber qué historia de amor le ocurrirá a Caroline? Lee el libro que cuenta su aventura en un crucero por el Mediterráneo donde hallará el amor de verdad, ese amor en el que ella nunca creyó.

Encuéntrame bajo el muérdago

Sinopsis: **Caroline** pensaba ir de crucero con su novio, si no fuera porque él la dejó unos días antes. Claro que, en el fondo, ella se sintió aliviada, porque se dio cuenta de que no estaba enamorada. Así que se va a marchar con su amiga Sarah.

Alessandro no piensa en atarse con nadie, sobre todo, desde lo que le pasó a su hermano. Él comenzará a trabajar en el crucero, encargado de las actividades lúdicas.

Cuando ambos se encuentran bajo el muérdago, algo mágico y único sucede.

¿Podrán superar los problemas personales? ¿Serán capaces de admitir su mutua atracción?

<https://relinks.me/B08NHJQM9R>

También te invito a leer una novela navideña, con otros personajes, aunque también sale un escocés ??

La última novia del año

Sinopsis:

Bree acaba de descubrir que su novio, el que fue el más guapo del instituto, le es infiel con su mayor enemiga. Pensar que ella que quiso ser abogada para estar junto a él. ¡Cómo pudo ser tan tonta!

Dough, el amigo escocés de la familia, siempre ha estado enamorado de Bree. Como los padres de ambos eran socios, él iba a pasar cada verano con Mark, el hermano de Bree y con ella. Él fue un adolescente con algo de sobrepeso y ella se convirtió en la más bonita del Instituto, o al menos eso le parecía a él.

Una desagradable discusión hizo que Dough no volviera más, y tras diez años, vuelven a reencontrarse. Bree sigue siendo bonita, pero no se espera que Dough haya crecido y se haya convertido en el hombre atractivo que es.

Sin embargo, la relación podría ser complicada por temas empresariales, por lo que se alejan y se acercan confusos.

Las Navidades y la boda de la tía de Bree hará que todo cambie radicalmente.

De la mano de la best seller Anne Aband, descubre esta deliciosa novela corta para soñar estas Navidades. ¡Léela ahora!

<https://relinks.me/B08MPP3MK8>

Encuentra más libros románticos en www.aneaband.com y si te ha gustado esta corta historia, me encantará que puedas dejarme un comentario.

Los escritores apreciamos muchísimo vuestros comentarios.

¡Muchas gracias y espero que tus Navidades y tu vida en general sean tan felices y estén tan llenas de amor como las de los protagonistas de estas historias!